

EL NACIONALISMO MEXICANO

Los programas políticos revolucionarios (1929-1964)

RAFAEL SEGOVIA,
El Colegio de México

LAS INVESTIGACIONES sobre el nacionalismo y especialmente las del nacionalismo mexicano han padecido "del contorno frecuentemente ambiguo del fenómeno nacionalista".¹ Ello ha llevado a que bajo una sola palabra —nacionalismo— se adunen los contenidos más variados y disímboles, llegándose a las conclusiones más opuestas sobre lo que se estima una sola materia. Esta imprecisión del vocabulario le permite a Gerhard Masur considerar al nacionalismo mexicano posrevolucionario un "nacionalismo integral";² mientras que Whitaker³ lo considera *contained*, es decir, refrenado o contenido.

A pesar de esta disparidad de apreciaciones, los historiadores norteamericanos han coincidido en varios puntos. Siguiendo las ideas sobre todo de F. Tannenbaum, admiten que: *a*) el nacionalismo en México es principalmente consecuencia de la Revolución de 1910, llegando a considerar a la Revolución como el único agente del fenómeno nacionalista; *b*) los artículos constitucionales 27 y 123 son la manifestación más clara y elevada de dicho fenómeno; *c*) el arte (sobre todo la novela revolucionaria y el muralismo) es la expresión más lograda; *d*) la expropiación petrolera fue el punto culminante de una corriente ascendente que se origina en la época carrancista; *e*) todo fenómeno social, político, económico, educativo o religioso es entre 1910 y nuestros días, un acto nacionalista.⁴

Los estereotipos de los investigadores norteamericanos coinciden plenamente con una versión "oficial" y también estereotipada mexicana. Los escritores mexicanos no suelen, por el contrario, participar de esas

¹ Raoul Girardet, *Étude comparative des nationalismes contemporains*, Serie N° 1, *Rapport introductif*, p. 1. Association Française de Science Politique (mimeografiado).

² *Nationalism in Latin America*. The Macmillan Co., Nueva York, 1966, p. 76. Resulta de verdad difícil buscar un punto cualquiera de contacto entre el nacionalismo barresiano, o sea, el auténticamente integral y fundado en el culto del ejército, de la revancha, del territorio amputado, de la religión y de los caldos por la patria, con el nacionalismo mexicano, tan comedido en el manejo de esos símbolos.

³ Arthur P. Whitaker y David C. Jordan, *Nationalism in Contemporary Latin America*. The Free Press, Nueva York, 1966.

⁴ Estando ya en prensa este trabajo aparece el libro de Frederic C. Turner *The Dynamic of Mexican Nationalism*. The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1968, que se enfrenta al nacionalismo mexicano utilizando por primera vez fuentes que no son las asendeadas por sus predecesores.

ideas⁵ y sus apreciaciones distan mucho de ser unívocas o unitarias: su nacionalismo —en la medida en que son nacionalistas— varía con las familias políticas a las que pertenecen o con su temperamento. Aunque la forma revolucionaria expresada por el Estado sea la dominante, hay otros tipos de nacionalismo disidentes y aun opuestos.

En el presente trabajo sólo vamos a seguir —y de manera incompleta— algunas de las manifestaciones nacionalistas de los programas revolucionarios, dejando intencionalmente de lado la historia y evolución del sentimiento nacional (patriotismo). Nuestro interés radica, pues, en el presente y en el pasado más inmediato, que situamos de manera arbitraria en la fundación del Partido Nacional Revolucionario.

Si se busca en los programas, planes y plataformas políticas de los partidos mexicanos cómo se enfoca a los elementos constitutivos de la nación, territorio, pueblo y lengua,⁶ resulta significativo el no encontrar mención algunas del primero de ellos.

Las fronteras actuales son aceptadas como fronteras fijas, permanentes y seguras. Las desviaciones del curso del río Bravo son motivo de una inquietud que no trasciende más allá de las puertas de la Secretaría de Relaciones Exteriores y que muy de vez en vez es tema de la prensa periódica. El Chamizal, Belice, no han levantado entusiasmo alguno con su adquisición o con la renuncia a posibles derechos. En la República Mexicana no existen irredentismos y las amputaciones territoriales del siglo XIX son admitidas como un hecho histórico irreversible. El culto a los héroes de la guerra contra los Estados Unidos no esconde —como sucede casi siempre en Europa, en Asia o en África— una posible revancha o un expansionismo larvado.

Los programas de los partidos revolucionarios de 1929 a nuestros días (PNR, PRM, PRI) guardan silencio sobre este problema; el PAN pide, en un documento muy reciente,⁷ que el Golfo de California sea considerado un mar interior y, por lo mismo, nacional. Es la única mención encontrada en los programas políticos que pudiera ser considerada, forzando a la letra y al espíritu, como un amago expansionista.

El segundo elemento constitutivo de la nacionalidad, el pueblo, es

⁵ Véase, por ejemplo, el ensayo de don Daniel Cosío Villegas "Nacionalismo y desarrollo", *Ensayos y Notas*, Hermes, México, 1966; vol. I, pp. 387-409, donde rechaza los modelos utilizados para el estudio de los nacionalismos europeos y norteamericano, por inservibles para la comprensión de los nacionalismos latinoamericanos. Creo que, siendo en términos generales admisible este rechazo, debe hacerse una excepción tanto con los trabajos de la Asociación Francesa de Ciencia Política (desgraciadamente aun no publicados) como con las guías de investigación de K. H. Silvert y Frank Bonilla, publicadas en el apéndice de *Expectant Peoples: Nationalism and Development*. Raiman H. Silvert (ed.), Random House, Nueva York, 1963.

⁶ *Patriotism and Nationalism*. Yale University Press, New Haven, 1964, pp. 24-37. En esta obra Doob estudia un caso extremo de nacionalismo (Bolzano o el Tirol del Sur) y, por tratarse de una minoría alógena y separatista, puede evitar, al analizar el nacionalismo desde el ángulo de la psicología social, uno de los elementos esenciales, si no el fundamental, para otros autores: la soberanía nacional.

⁷ Plataforma electoral, 1963.

parte constitutiva de las ideologías políticas. En él ya no se encuentra el silencio unánime, visto en el punto anterior. Con el pueblo se aparecen dos problemas: el de las clases sociales y el de la raza o razas.

El general Calles, en el discurso donde anuncia la creación del Partido Nacional Revolucionario,⁸ habla de los representantes “del trabajador del campo y de la ciudad, de las clases medias y submedias, e intelectuales de buena fe”. De inmediato se advierte la ausencia de una clase —la alta— y de todos los empresarios y de los condicionantes que deberán cumplirse para la admisión de los intelectuales: “que sean de buena fe”. Sobre estas líneas van a insistir los programas del PNR y los discursos de sus líderes. En marzo de 1929, en la primera convención de Querétaro, el general Pérez Treviño ataca a la reacción y sitúa por encima de todos los intereses, incluso de los políticos, “los intereses de las grandes masas explotadas y expoliadas a través de los tiempos, cuando ellas significan el factor social de mayor vitalidad y el más importante y respetable de la colectividad mexicana”.⁹ Casi todos los discursos pronunciados en Querétaro exaltan al proletariado y atacan a una reacción multiforme, tradicional e inasible. ¿Quiénes son los reaccionarios? ¿Los terratenientes? ¿Los empresarios nacionales? ¿Los extranjeros? ¿Los bancos? A nadie se señala por su nombre, apenas algún embate a los “clericales” y la afirmación de la lucha de clases. Los convencionistas constituyentes del PNR no pueden ser más abiertos en lo que se refiere a su antipatía por la Universidad y la *intelligentsia*. Uno de los hombres fuertes del callismo —en la medida en que Calles permitía hombres fuertes— Luis L. León, dijo: “Los gobiernos de casi todos los países sostienen universidades propias en las que se impone siempre la tendencia filosófica, social o jurídica que prive en el Gobierno, y en cambio, hasta la fecha, en México hemos visto con tristeza que los conocimientos superiores que se imparten en la Universidad Nacional distan mucho, ya sea por el cuerpo docente de ella, ya sea por la falta de orientación de la misma o por otras causas, de conseguir ese objeto”.¹⁰

El vasconcelismo será una de las razones fundamentales de la ruptura entre los intelectuales —o al menos un gran sector de ellos— y la Revolución o, por reducir el conflicto a sus proporciones exactas, con el maximito y el cardenismo. El pueblo tiene sus eximidos. Desde un principio el nacionalismo tiene otros objetivos.

El programa y los estatutos del PNR (1929)¹¹ contienen algunas afirmaciones de nacionalismo económico: en lo referente a los artículos 27 y 123 consideran una obligación del partido cuidar “que las leyes re-

⁸ *La democracia institucional*. Talleres Tipográficos El Nacional Revolucionario, México, 1930.

⁹ “Historia del Partido Oficial: Primera Parte; El Partido Nacional Revolucionario; Los primeros años: 1929-1932”, *Política*, 15 de mayo de 1963.

¹⁰ *Idem*.

¹¹ *Proyecto de programa y de principios y de estatutos que el comité organizador del Partido Nacional Revolucionario somete a la consideración de las agrupaciones que concurrirán a la gran convención de Querétaro*. México, 1929, 48 p.

glamentarias que de ellos se expidan no desvirtúen el espíritu altamente nacionalista y humano de las doctrinas que encierran" } o cultural: "Definición y vigorización del concepto de nuestra nacionalidad, desde el punto de vista de los factores étnicos e históricos, expresando claramente los caracteres comunes de la colectividad mexicana. Procurará [la educación], en este orden de ideas, la conservación y la depuración de nuestras costumbres y el cultivo de nuestra estética en sus distintas manifestaciones", } o propiamente político: "El PRN declara que el constante e indeclinable sostenimiento de la soberanía nacional debe ser la base de la política internacional de México. . . Desconocimiento de cualquier doctrina extraña que se trate de aplicar a los derechos nacionales e internacionales de México." }

Un rasgo común a todos estos postulados nacionalistas es su timidez y su forma alusiva. No se menciona directamente el conflicto petrolero, ni a la Iglesia, ni a la doctrina nacional. Los programas del PNR van dominados por una contradicción insoluble que se va a perpetuar durante décadas en los partidos llamados revolucionarios de México: considerar, por un lado, la presencia de un conflicto de clases y, por otro, declarar terminada la lucha armada y abierto el período de reconstrucción nacional, cuya responsabilidad recae sobre todo en el Gobierno. En resumen, sólo hay una solución: el arbitraje del Estado y, en los casos graves, no su arbitraje sino su voluntad: "No creo que sea necesario decir que nunca aconsejaría, ni aun movido por un criterio de ciego, respeto a la legalidad, legalidad que en sí misma y dentro de un terreno abstracto de olvido de los hechos o de las necesidades nacionales, sería sólo cosa formal y hueca. . ." dice el general Calles en el discurso donde anuncia la fundación del PNR. No pudo ser más claro ni indicar de manera más abierta que la voluntad del Estado y la de la nación son una sola y la misma cosa, y que sólo el Estado puede expresar esa voluntad, situada incluso por encima de la ley. Las fricciones con los intelectuales, especialmente con la Universidad, venían produciéndose desde la época de la lucha armada, pero con el discurso de 1928 y el antilegalismo del general Calles habría de acelerarse el momento de la ruptura entre la Universidad (1929) y el régimen, y posteriormente entre una fracción muy importante de los intelectuales y el régimen: el vasconcelismo. Max Weber, en su conferencia sobre el sabio y el político,¹² analizó los tipos de "verdades" utilizados por cada uno de estos dos géneros de hombres y la moral derivada de su uso, concluyendo en la inmoralidad del sabio que pretende utilizar las verdades del político y viceversa. Los intelectuales y los políticos de 1929 eran dos mundos mutuamente irreductibles y mutuamente excluyentes.

A la ideología de Calles y del PNR se opone, pues, de manera natural la de los "sabios" de la época. La crítica se basará sobre todo en la brecha que se abrió entre los programas y lo realmente conseguido. Es un tipo de crítica a la que la actividad política se presta con suma

¹² *Le savant et la politique*. Plon, París, 1959.

facilidad y donde el intelectual encuentra la satisfacción de sus instintos contenidos y de su inacción obligada. Los ataques de un revolucionario, Cabrera, en contra de la Revolución, evidencian el resentimiento inteligente y lúcido del intelectual desplazado e ignorado, pero es, cosa hoy rara, un intelectual aferrado a su trabajo y a su misión, a la crítica no comprometida o, al menos, no asalariada.

(En la conferencia pronunciada en la biblioteca nacional el 30 de enero de 1931,¹³ dos años después de la fundación del partido —de la primera institucionalización de la Revolución— Cabrera va a insistir en dos puntos: en el no cumplimiento de los programas revolucionarios y en que esto se debe a la tibieza del nacionalismo de los revolucionarios, tibieza impuesta por una situación internacional: ruptura de los Estados Unidos con Obregón, dificultad de las pequeñas nacionalidades en el mundo y sobre todo “la revolución económica iniciada en Rusia que se conoce con el nombre de comunismo, la cual ha influido desfavorablemente sobre México, porque siendo los Estados Unidos la nación que ha asumido la jefatura contra el comunismo, y siendo esta nación, al mismo tiempo, vecina nuestra y la que internacionalmente ejerce más influencia sobre nosotros, México se ha visto en situación desfavorable para defender todos aquellos aspectos de su Revolución que pudieran considerarse emparentados con la Revolución rusa.”)

Si se justifica, pues, la desviación de la Revolución mexicana por una coyuntura internacional adversa, en lo que se refiere al problema nacional, o sea a la formación de la nacionalidad —y por ende al nacionalismo posible— Cabrera parte de su ausencia. Como podemos señalar desde ahora, arrancando de la inexistencia del racismo, se va a plantear el problema nacional como un problema de razas de donde derivan los problemas sociales y políticos.

La identificación de raza y cultura es para Cabrera evidente, y sólo en el mestizaje se logrará una homogeneidad étnica capaz de llevar a la democracia y en última instancia a la igualdad. En ella desaparecerán tanto el indígena analfabeto como el empresario extranjero, desvinculado de la nación.

A la par que insiste en la ausencia de prejuicios de raza, insiste en que “la proporción de sangre negra y asiática es insignificante y no constituye un problema nacional aunque es motivo de preocupación local en nuestras costas de Veracruz y Sonora”. Dicho de otra manera, no hay racismo porque no hay un estímulo que lo provoque; la actitud racista es obvia en, por lo menos, este autor.¹⁴

Las ideas de Cabrera sobre el problema racial, en la medida en que

¹³ Reproducida en *Política*, 15 de abril de 1963.

¹⁴ La preocupación por los grupos raciales es una constante de la literatura política y social de México. Desde el opúsculo de Alberto María Carreño, *El peligro negro*, hasta el racismo y especialmente el antisemitismo de S. Borrego hay una línea continua en la que aparecen nombres tan importantes como Bulnes, Molina Enríquez, E. Schulz, Vasconcelos, Chávez Heyhoo, etc. El problema racista adquirió una acuidad marcada en los años 1910-1920.

son suyas y no de una tradición casi inexplorable, donde Vasconcelos es un exponente muy importante, van a ser dominantes a partir de ese momento, tanto en la ideología gubernamental como entre la oposición: lucha en contra del racismo, necesidad del mestizaje, exaltación "oficial" del indio y de su cultura; pero todo ello culmina en pedir su absorción por el cuerpo nacional. Su salvación lleva a su desaparición. Esto no debe extrañar, pues toda nación exige la igualdad —cuanto mayor, mejor— de sus nacionales y la homogeneidad de éstos. La mejor manera de evitar el racismo es eliminar el problema al hacer desaparecer "las razas"; son raros los escritores mexicanos del siglo xx que no han aceptado esta posición.

El punto de coincidencia entre los revolucionarios callistas y la ideología de Cabrera está en la necesidad de lograr una cultura homogénea, sólo posible de obtener a través de la lengua. Y si el primer programa del PNR pedía la "conservación y depuración de nuestras costumbres y el cultivo de nuestra estética en sus distintas manifestaciones", Cabrera considera un error "la moderna tendencia de resucitar ciertas costumbres y artes indígenas, como sería un error pretender el predominio social y la hegemonía política del indio sobre el mestizo y el criollo". En esto el ataque va más en contra de los intelectuales unidos a la Revolución que en contra de los programas revolucionarios, pues éstos esperan encontrar un vínculo nacional en el castellano. Sobre este tema no quita el dedo del renglón y no olvida que "casi todas las familias acomodadas que tienen hijos o hijas que educar los han enviado a colegios norteamericanos, lo cual ha aumentado mucho la cantidad de personas que en México hablan el idioma inglés, sin haber conservado una base suficiente de español para afirmar el uso de éste como lengua madre", y advierte cómo el estudio del inglés está motivado por la "empleomanía comercial".

Inútil señalar la posición de Cabrera en lo referente al rescate de los recursos naturales, "que la Revolución no ha podido nacionalizar", ni el hecho de que en México "no llevamos trazas de tener una industria nacional". Recomendará, finalmente, "fijar las respectivas situaciones del capital y del trabajo en condiciones tales, que puedan desarrollarse las industrias mexicanas y competir con los artículos de importación".

Si consideramos esta censura como un resumen de la posición de los intelectuales ajenos al maximato —y la violencia de las réplicas nos autoriza a suponerlo— la separación entre el programa político y la acción política, el no querer aceptar abiertamente la situación de la nación, el enmascarar los problemas tras la retórica revolucionaria y partidista, es el pecado mortal de la Revolución.

Es claro que tras los Acuerdos de Bucareli, la ayuda norteamericana para aplastar la revuelta escobarista y el apoyo del embajador Morrow a Calles, el camino más sencillo para atacar al maximato y a sus hombres era acusarlos de entreguistas o de poco o nada nacionalistas. Por vez primera desde la Intervención la izquierda —considerando que ha-

bía una izquierda en el siglo XIX— está en una postura desventajosa frente a la derecha, en lo que toca a “pureza nacionalista”. La permanencia en el poder desgasta a los hombres y a los partidos; los argumentos de la oposición son cada vez más violentos, y la violencia aumenta con el afianzamiento de la Revolución y, especialmente, de Calles. A pesar de esto, durante los años del Maximato (1928-1936) las discusiones sobre el nacionalismo van a pasar a un segundo plano: la forma de gobierno, la democracia teórica del PNR y su no cumplimiento pasan al primer plano y la escisión se manifiesta entre quienes exigen una democracia plena, absoluta y sin cortapisas, y los que consideran imposible su gobierno democrático en una nación obligada a hacer frente al analfabetismo, la industrialización, la reforma agraria y la variedad racial. Es un caso claro; para el Maximato lo importante es lograr lo que entonces se llamaba la constitución de la nacionalidad, para la oposición —Cabrerera siendo un opositor es revolucionario después de todo— la forma de gobierno, la democracia debe ser el punto fundamental. ¿Nación o Estado?

A quienes reclaman el respeto absoluto de los derechos individuales en la segunda Convención Nacional del PNR (1935),¹⁵ Luis L. León contesta: “combatimos y relegamos para siempre al pasado la doctrina que declare intocable al individuo; la doctrina individualista que en nombre de una libertad teórica establece la base para la explotación de las masas”. “Esa doctrina, insiste, la de la no ingerencia del Estado, ha sido la de los conservadores y la Revolución mexicana declara a la faz de la nación... que nuestro gobierno, el Estado mexicano, se organiza para orientar esas luchas económicas, organizar la producción y presidir a la distribución de las riquezas en forma de alcanzar una mayor equidad, facilitando la vida a las mayorías que se debaten en la pobreza...”

Los debates sobre el primer plan sexenal van a recalcar el tono socialista, a veces falsamente soviético de los programas gubernamentales, como, por ejemplo, en los ataques incesantes en contra de la cultura aristocratizante de las minorías.

En el período cardenista, el nacionalismo, sobre todo el económico, va a llegar a su punto máximo en el período revolucionario. Se llegó a él por dos razones: por los cambios en la estructura económica llevados a cabo en los períodos anteriores y por la crisis económica mundial. “... ante la actitud mundial, que se caracteriza por la tendencia a formar economías nacionales autosuficientes, el PNR considera que México se ve obligado, a su vez, a adoptar una política de nacionalismo económico, como un recurso de legítima defensa, sin que contraiga por ello ninguna responsabilidad histórica”, reza el texto del primer plan sexenal (1933),¹⁶ pero la “política económica nacionalista”, añade, no debe llevar al aislamiento de nuestro país. El punto 1º del capítulo sobre la economía

¹⁵ Memoria de la segunda convención nacional ordinaria, efectuada en la ciudad de Querétaro del 3 al 6 de diciembre de 1935. México, 1934.

¹⁶ Plan Sexenal del PNR. México, 1934.

nacional es: se hará efectiva la nacionalización del subsuelo; y, con la prudencia y dosificación acostumbrada, en el 4º se pide, en lo referente al petróleo, "la mayor participación posible de las riquezas que se explotan".

En este primer período que va de 1928 a 1940, del maximato a la presidencia del general Ávila Camacho, la visión que de la nación tienen los hombres del régimen podría resumirse así: México es un país agrícola, falto de homogeneidad étnica, poco industrial; las luchas de clases dividen a los mexicanos y para adelantar el interés nacional el Estado debe imponerse, aun reconociendo los conflictos de clase, como árbitro supremo, y sus decisiones no pueden ser resistidas por nadie: ni por la ley. Hay, pues, un interés nacional representado y defendido por el Estado, y exclusivamente por el Estado. La oposición se aferra a un solo principio: debe volverse al juego democrático. Apenas más tarde dará a conocer cómo ve a la nación y cómo piensa reorganizarla.

Una segunda coyuntura internacional, la Guerra Mundial, produce un cambio, éste sí verdaderamente revolucionario, en algunos aspectos: a la lucha de clases reconocida como fundamento de la vida de la nación, sucede el tema de la unidad nacional, que no se volverá a abandonar. Carlos Samaniego, en las discusiones en la Cámara de Diputados con motivo de la declaración de guerra al Eje,¹⁷ habla de "la férrea unidad del pueblo de México —la unificación como todos los mexicanos la queremos—, una unidad en que las creencias no serán obstáculo para dedicarnos con todas nuestras fuerzas a la defensa de la patria. . ." añadiendo ". . . En esta unidad nacional. . . nadie útil debe ser excluido; ni creencias, ni oposición deben oponerse a ella. Una unidad nacional con agresiones o recelos internos no sería fuerza suficiente para cumplir su misión histórica." También, por primera vez en muchos años, aparecen declaraciones abiertas en favor de los Estados Unidos. El tema de la unidad nacional va asociado a la presidencia de Ávila Camacho, pero antes, desde la constitución del PRM, en 1936, Lombardo Toledano¹⁸ pide un nuevo partido no sectario, no sólo para beneficio de la clase obrera sino "para todo el pueblo de nuestro país". En la declaración de principios del nuevo partido aparecía en tercer lugar. Reconoce la existencia de la lucha de clases, como fenómeno inherente al régimen capitalista de la producción", corrigiendo al final: "Las diversas manifestaciones de la lucha de clases, sujetas a los diferentes tipos de su

¹⁷ "México y la segunda Guerra Mundial, 3. Dictamen y discusiones en la Cámara de Diputados", *Política*, 1º de agosto de 1964.

¹⁸ Discurso ante la Convención constituyente del PRM, "Lo que el sector obrero espera del PRM", en *Política*, 1º de enero de 1964, y Manuel Ávila Camacho, *Unidad nacional*, 1945 y *La ruta de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1946. Cosa curiosa, el Partido Comunista también insistió sobre la unidad nacional, aunque con un sentido completamente distinto. Véase Dionisio Encina, *Unidad nacional para triunfar en la guerra y en la paz*, México, 1943, donde aprovechando la disolución del Comintern, defiende un nacionalismo proletario y antifascista, solicitando incluso la colaboración de las clases medias.

Desarrollo dialéctico, estarán condicionadas por las peculiaridades del medio mexicano".

A la unidad nacional de Ávila Camacho también le precedieron los llamados de la oposición, en el mismo sentido. En la sucesión presidencial de 1940 la oposición interna revolucionaria suscita el mismo tema de la unidad de clases, aunque difieran en los demás puntos programáticos. Por primera vez la oposición se pronuncia por un programa político. El candidato opositor a Ávila Camacho, el general Juan Andreu Almazán, va a adoptar la postura contraria a la del Maximato y del ardenismo. En su plataforma electoral sólo una oración está subrayada: *el estricto apego a la ley por gobernantes y gobernados*,¹⁹ es decir, la vuelta del juego democrático, donde los hombres de la Revolución veían el hecho un peligro, aunque se sintieran obligados a saludar al régimen democrático en todas sus declaraciones de principios. El general Almazán va a insistir en uno de los temas tradicionales, en ese momento, de la derecha: "no hemos conseguido formar una verdadera nación", y en los de la izquierda "debemos incorporar al indio a la civilización", para concluir en un racismo abierto: "también necesitamos encauzar corrientes migratorias, seleccionadas, de verdaderos trabajadores principalmente del campo, con fines estudiados y bien definidos de superación racial", y llama también a los grupos dejados fuera por la Revolución, principalmente a los intelectuales. Da un toque antiyanqui: "En el río Bravo los norteamericanos primero toman el agua para sus riegos y después dan cuenta a las autoridades, mientras que en México nuestros nacionales pierden cosechas en razón de que necesitan una interminable ramificación para poder disponer del agua que les hace falta". La culpa es del Estado centralizado y se debe proceder a descentralizar al estado, otro tema favorito de la derecha.

La nación mexicana va a ser presentada por los revolucionarios posardenistas no ya como un campo donde se dirime una lucha de clases bajo la autoridad del Estado, sino como una nación unida y revolucionaria. Aunque ya se ha vaciado a la palabra Revolución del contenido esencial: capitalismo, opresión y lucha de clases, o sea de su significado 1928-1940, y, por otra parte, no se ha entrado en la fase de revoluciones nacionales que aparecerán después de la segunda Guerra Mundial; en éstas la justificación está en la creación de la nación, en la independencia frente a la antigua metrópoli y en la lucha contra el imperialismo, todo lo cual justifica el Estado fuerte, autoritario y no democrático.

A partir del gobierno de Ávila Camacho la nación queda por encima de las facciones y de la lucha de clases. Javier Rojo Gómez, hombre representativo de ese régimen escribe, en 1945, "Hablamos de industrialización, sin pensar en que su nervio motor, que es la iniciativa particular, está aherrojado por los líderes; por las huelgas que por motivos inconfesables ellos provocan; por los recargos arbitrarios y la inmoralidad multiforme. La inseguridad mata las grandes oportunidades de

¹⁹ *Excelsior*, 29 de julio de 1939.

México".²⁰ Su lema será "una patria nueva y libre, dedicada a producir la abundancia, los altos salarios, la seguridad económica". Si el nacionalismo del maximato es ambiguo en su signo político, el posterior a Ávila Camacho es claramente un nacionalismo autoritario que, sustentado por la ideología política de la derecha, empieza por negar la diferencia entre la izquierda y la derecha. Pero el programa del futuro presidente Miguel Alemán irá aún más lejos en este aspecto: "De la misma manera que frente al peligro de la patria reconocimos toda la primacía de los intereses nacionales y humanos, ahora proclamamos que la unidad en la paz es la igualdad. En el mantenimiento de la fraternidad y de la unificación nacional fincamos la fe de que nuestro pueblo será grande, libre de la miseria. No debemos tolerar ninguna pasión, ninguna actitud, ninguna idea que tienda a debilitar nuestra nacionalidad". Las ideas exóticas deben, por lo tanto, ser erradicadas. Siguen siéndolo y, como siempre, autoridad del Estado y desarrollo, para forjar una nueva patria.²¹

El paso final aparece en 1963, al redefinirse los objetivos del PRI en la primera reunión nacional de programación. El liberalismo resurge como ideología dominante, aunque se presente envuelto en condicionantes y distinciones, y se siga defendiendo la libertad del Estado para intervenir en la vida económica, no sólo como árbitro sino como agente regulador de la economía. Pero, por vez primera, se reconoce en el desarrollo económico la meta de la Revolución, y este desarrollo económico es la afirmación nacional y, con palabras de Reyes Heróles, la Revolución, por ello "estaba imbuida de un gran nacionalismo". Reconocido y aceptado el desarrollo económico como meta esencial revolucionaria, la lucha de clases —al menos en su acepción clásica— da paso a "la solidaridad de clases en proseguir el crecimiento económico; hay lucha pacífica de clases al tratarse de la distribución del ingreso nacional". Como todo partido nacionalista y autoritario, el PRI no será ya un partido de clase sino un partido de clases, "ejidatarios, pequeños propietarios, trabajadores manuales e intelectuales, los cooperativistas, la clase media mexicana y el sector de empresarios pequeños y medianos".²² Sólo queda fuera, si echamos cuentas, la Asociación Nacional de Banqueros y la Coparmex.

En las conclusiones seremos breves y, en parte, contradiremos el tono y la intención aparente de lo dicho:

Primero: hemos visto unas fluctuaciones, unos cambios y unas contradicciones flagrantes en los programas revolucionarios que sólo se atenúan por la vaguedad doctrinaria de la Revolución y su carencia de una ideología sistematizada.

Segundo: la Revolución mexicana, desde la época de la dinastía so-

²⁰ *Excelsior*, 10 de junio de 1945.

²¹ *El Universal*, 30 de septiembre de 1945.

²² "Estado, Programa, Partido", *Memoria de la primera reunión nacional de programación*. Talleres Gráficos de la Cámara de Diputados, México, 1963.

norense, elige el camino del desarrollo económico. En su primera fase, el sistema político obliga al régimen a apoyarse en los grupos obreros y campesinos, pues la clase media y alta le son hostiles, al igual de una parte muy grande de la *intelligentsia*.]

Tercero: la Revolución mexicana origina, en el terreno ideológico, un nacionalismo refrenado, contenido y silenciado. Todo nacionalismo desemboca tarde o temprano en la xenofobia y cristaliza en un enemigo exterior, los revolucionarios se ven, por lo tanto, obligados a optar entre el desarrollo o el enfrentamiento con los Estados Unidos: cuando éste se produce ceden la primera vez (Bucareli), no la segunda (nacionalización del petróleo). [El nacionalismo es en este segundo caso alimentado de manera principal por la crisis económica de 1929 y por las autarquías que se desatan en todo el mundo.]

Cuarto: [a partir de la segunda Guerra Mundial el nacionalismo adopta los *slogans* y la ideología de la derecha tradicional: interés nacional, unidad nacional, sumisión al Estado, olvido de la lucha de clases, primeros síntomas de xenofobia encarnada en las "ideologías exóticas"] y en la defensa de una tradición hasta entonces motivo de sospecha.

Quinto: [ha habido un desplazamiento paulatino de los vagos programas políticos por una ideología nacionalista, globalizante y totalizadora dentro del partido político dominante. Las diferencias programáticas entre los dos grandes partidos nacionales —en el sentido técnico-jurídico— se han reducido hasta el grado de confundirse más que oponerse.

Finalmente, y esto no puede ser considerado como una conclusión, parece difícil —por no decir imposible, que el nacionalismo actual del PRI pueda seguir siendo durante mucho tiempo una ideología común a la mayoría de los grupos socioeconómicos mexicanos. El fraccionamiento ideológico-político parece inevitable y las grandes familias políticas volverán a adjetivar —izquierda, centro, derecha— un nacionalismo que se pretende único y sólo adjetivado por el desarrollo económico.